

El partido político que hace falta

UNOS maestros se han dolido de que en un artículo—*La ferocidad de cada día*—recordara yo el viejo precepto pedagógico de que la letra con sangre entra, como vigente todavía en algunas escuelas españolas. ¿Quiéren decir mis impugnadores que ha desaparecido por completo la clásica palmeta de nuestro mundo escolar? Sería temerario sostenerlo, o mucho han debido cambiar los métodos de enseñanza desde que los adultos de hoy íbamos a la escuela. ¿Quiéren decir más bien que esa costumbre salvaje de golpear al niño es una excepción cada día más rara en el magisterio de nuestro país? Acepto y reconozco este hecho con mucho gusto, y espero que a la vuelta de pocos años esa indigna costumbre, que hoy es tan censurada como en otro tiempo consentida, se considere como un delito semejante al de abuso de autoridad con los inferiores que señala el artículo 325 del Código de Justicia militar.

Mal podría animarme ningún propósito denigratorio contra el magisterio español, cuya cultura y sensibilidad ha mejorado en poco tiempo notablemente, cuando veo en la escuela primaria el instrumento más eficaz, por no decir el único, de renovación histórica de nuestro pueblo. El viejo y simple programa de Costa, escuela y despensa, es todavía, y lo será por muchos años, el único programa político verdaderamente profundo. Sobre todo, la escuela, como principio de ciudadanía y despertamiento de la dignidad humana. Qué duda cabe de que mientras falten miles de escuelas y queden millones de personas sin aprender a leer o lo olviden por desuso, los españoles oscilarán entre la superstición y el fanatismo, entre la crueldad y la servidumbre, víctimas de sus instintos primarios o de los ajenos. Aunque, a veces, tanta brutalidad diaria mueva el ánimo a un pesimismo étnico, interpretándola como incorregible predisposición de una raza donde han concurrido tantos elementos africanos en quienes la crueldad es una segunda naturaleza, la razón se sobrepone a estos decaimientos y, ante el ejemplo de tantos pueblos bárbaros en el pasado, y hoy conversos a un orden donde rivalizan la justicia de las leyes y la suavidad de las costumbres, recobra su fe en la cultura del intelecto y de la sensibilidad.

Lo que más unifica la civilización europea, por encima de diferencias de raza, de riqueza, de religión y de lengua, es la escuela primaria, como fuente de revelación de la personali-

dad humana. Un país no será un pueblo, una agrupación de hombres con conciencia de su dignidad y de su destino individual y colectivo, sino un rebaño de siervos o una manada de fieras, mientras la escuela no lo humanice en su totalidad, domando los instintos antisociales de sus habitantes o despertando el sentimiento de sus personas. Eso es lo que ha hecho la escuela en Europa: crear pueblos aptos para la convivencia en la libertad común. Y donde no existe la escuela, o muy defectuosamente, como en la mayoría de los países de Africa, Asia y una parte de Europa, eso es lo que ha dejado de hacer, y por eso los pueblos sin escuelas no pueden convivir ni menos ser libres. La semejanza o diferencia del tipo de civilización—social, política, hasta económica—por que se rigen las naciones está determinada por los índices de sus respectivos analfabetismos. Las instituciones sociales y políticas de dos países con idéntico analfabetismo serán muy parecidas entre sí, aunque pertenezcan a épocas o continentes distintos, porque la proporción de *hombres*—de hombres con conciencia de que lo son en sí y quieren serlo en relación con los demás—es también la misma. He aquí un seguro principio de conocimiento: decidnos cuál es el analfabetismo de un pueblo y os diremos cuál es el grado de su civilización, incluso cuáles son sus formas de gobierno posibles.

Todos—políticos y escritores—vivimos en el constante error de querer modificar la superestructura de los pueblos, el mecanismo político por que se gobiernan, sin advertir que, cualquiera que sea la forma que se adopte, se plasmará fatalmente a la infraestructura sobre que descansa, al grado cultural de la nación que la sustenta, al número de gentes que sean hombres o estén en potencia de serlo por la acción de la escuela. Este debiera ser el criterio para juzgar del valor de cualquier partido político de Gobierno: su programa de enseñanza. En rigor, éste debiera ser el único partido de Gobierno que interesara a los verdaderos ciudadanos, a los que viven en la patria del porvenir: el Partido de la Escuela, el más revolucionario de todos, acaso el único espiritualmente revolucionario. Todo lo demás es querer cosechar en un yermo. Antes hay que roturar y sembrar.

Durante unos cuantos años el 90 por 100 del presupuesto nacional debiera destinarse a enseñanza pri-

maria. El resto nos sería dado luego de añadidura. Primero hay que hacer hombres, matando la fiera o el esclavo que llevamos dentro con el revulsivo de la cultura; luego se organizarán en pueblo civilizado. Una nación analfabeta no podrá ser nunca sensible ni libre. ¿Hay algún hombre que jure con su vida ese programa? Pues él será, automáticamente, el verdadero jefe de cuantos españoles sueñen con la patria que está por venir y que él promete realizar por el único órgano posible: la escuela.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

G. Stammler: <i>La Génesis del Derecho</i>	¢ 2.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermanito Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.